

EL ROBO DE CARROS: ¿RITUAL DE PASO O RITUAL DE REBELDÍA?

José Sánchez Conesa

DESCRIPCIÓN DEL RITUAL

La víspera del Día de la Cruz –fiesta patronal de **El Estrecho de Fuente-Álamo**, no así en **Balsapintada**, dos núcleos de población pertenecientes al término municipal de Fuente-Álamo– era costumbre el “robo de carros” por parte de los mozos del pueblo, para ser depositados en el atrio de la iglesia. Se aprovechaba la oscuridad de la noche para acometer tal actividad, la mayoría de las veces con el consentimiento de los dueños, aunque llegaron a producirse algunos altercados serios cuando se oponían, pero sin llegar nunca a la violencia física, ni al daño a personas. Los carros eran guardados en “porchás” sin puertas, por ello era fácil sustraerlos, aunque algún propietario precavido los amarrara con cadenas a alguna reja. En ese caso –según un informante– le quitaban la lavija, sacando la rueda del eje y supliendo su ausencia con una tabla que era sujeta en sus extremos por dos mozos. Siempre se daban especial maña con los que pertenecían a los más “puñeteros” del pueblo, a quienes incordiaban más si cabe las diabluras de la mocedad.

Algunos de los carros “robados” eran instalados con el objeto de tapar la puerta de acceso a la ermita estrechera, obstaculizando de esta manera el paso a los feligreses que acudieran a la misa de la festividad patronal a la otra mañana.

Apreciamos algunas diferencias entre los dos pueblos. En el caso de Balsapintada se ponían también en la puerta de la vivienda anexa del párroco, pues siendo el mismo, residía en dicha localidad al contar con mayor número de feligreses. Junto a los carros, algunos arados o trillos. Comprobamos también en Balsapintada mayor presencia de la costumbre de “poner cruces de mayo” a las muchachas casaderas. La mayoría de las veces consistía en pintar con almagra una cruz en la fachada de la vivienda de la moza en cuestión. Si tenía novio, éste le ponía una maceta en la puerta. A veces se quitaban macetas y se también se llevaban a la puerta de la iglesia o se cambiaban de dueña.

La fachada de la casa del cura se pintaba con varias cruces y una cruz grande, de un metro de altura, de madera, vestida con flores del campo, básicamente amapolas y margaritas, que recogían los propios mozos. El cura bendecía los carros, una vez que podía salir de su vivienda al retirar los mozos los carros de su puerta. Colgaban el carro de menor tamaño, “más chico”, de una morera situada junto a la plaza de la iglesia. En ese árbol también colgaban alguna rueda de carro o la encanaban en el tejado de la iglesia.

En El Estrecho lo más característico y definitorio era el robo de carros, aunque en los años 30 del pasado siglo se taparan algunas cerraduras, volcaran pilas de lavar o se cambiaran las macetas de una casa a otra. En algunas ocasiones se colgaron carretones o carros pequeños de la campana de la ermita. Pero eran casos excepcionales que se perdieron con el paso del tiempo.

Entre los estrecheros perduró más tiempo. Fue quizá el último pueblo en practicar el robo de carros hasta bien entrada la década de los años 80, perdiéndose por la ausencia de estos vehículos, innecesarios ya en las labores agrícolas o en los desplazamientos de personas y mercancías. En Balsapintada desaparece a mediados de los 70.

RITUALES SIMILARES

En otras poblaciones del Campo de Cartagena encontramos rituales de gran similitud, como en las poblaciones vecinas de **Lobosillo** (Murcia) y **La Aljorra** (Cartagena). Si bien aquí los carros atrancan preferentemente las puertas de las mozas por casar o se cambian de casa, nunca serán expuestos en la plaza de la iglesia, ni tendrá la transcendencia social que adquiere en El Estrecho, concluyendo la experiencia antes, en los años 50.

En **El Jimenado** (Torre-Pacheco), donde para la misma festividad que los anteriores casos, día de la Cruz, los jóvenes volcaban las pilas de lavar, cambiaban carros y macetas de casa, arados por carretones y tapaban cerrojos, sobre todo de mozas casaderas. Se dio el caso de derribar un palmero, toda una demostración de fuerza física.

En **Torre-Pacheco** se producía la misma alteración de elementos, pero la víspera del Día de Todos los Santos, con algunas acciones excepcionales como subir un carro pequeño a un tejado. Después de comer los tostones como es habitual por esas fechas, los mozos salen a la calle a perpetrar sus “faenas”, mientras las mujeres de cualquier edad los incordiaban arrojándoles cubos de agua por las ventanas. Hasta nuestros días ha llegado tan sólo la costumbre de tapar cerraduras con yeso, aunque con una frecuencia cada vez menor.

En la pedanía torre-pachequera de **Roldán** nos refieren que con carros se obstaculizaba la puerta de la casa de la chica pretendida, incluso también atravesando colañas. Se llegó a colgar algún carro con la polea de los graneros ubicados en los pisos. Como en el caso anterior sólo se ha mantenido el tapar las cerraduras con yeso.

Más allá del ámbito de la comarca cartagenera, en las pedanías de **Lorca** y **Puerto Lumbreras**, todas estas “tontás” se realizaban la víspera del Domingo de Ramos.

En otros puntos de la Región son los quintos, es decir, los mozos que marchan al servicio militar, “a hacer la mili”, quienes después de una generosa cena bien regada, protagoniza-

ban las “quintadas”. Por ejemplo, en **Santomera**, donde robaban carros que eran transportados a la sierra próxima, de donde eran recogidos a la otra mañana por los propietarios. Incluso llegaban a tabicar las puertas de la iglesia.

En **Pliego** llevan, aún hoy en día, a la plaza de la Iglesia todos los enseres que encuentran en el exterior de la vivienda: carros, carretillas, macetas, esteras, etc.

Caro Baroja cita un informe referido a los pueblos vascos de **Zalla**, **Ocharan** y **Avellana**, en los que se observa la costumbre de los jóvenes de adornar y engalanar puertas de casas con arcos de ramas de fresno o roble la noche que antecede a la fiesta de San Juan, mientras otros deshacen carros, quitándoles las ruedas y colgándolas de una sogá en elevados árboles.

En la misma obra Caro nos dice que por San Juan en la población asturiana de **Caravia** los mozos, después de colocar a las puertas de las casas de sus novias un ramo de álamo con rosas y cintas de seda, recorren el pueblo cantando y atraviesan carros y arados en los caminos.

Los mozos gallegos por esta fecha, al igual que los de Vizcaya y Asturias, nos continúa informando Julio Caro Baroja, adornan todas las casas con flores y hierbas y con objeto de alejar la mala suerte y de que no penetre en los hogares, las ponen en las rendijas y uniones de paredes. Cambian de sitio los aperos y cacharros.

Las quintadas recorren prácticamente toda la geografía nacional, aunque en la localidad soriana de **Gómara** son los jóvenes, no quintos, quienes cubren por San Juan la plaza mayor con alfombras y esteras que “toman prestado” de sus conciudadanos.

De la vecina provincia de Alicante recogemos el testimonio de la “noche de los quintos” de **Benferri**, donde los mozos, “una vez bien cenados y bien bebidos se dedicaban a hacer bromas, no siempre ligeras, como tapiar puertas, atar carros o bien llevarlos al cementerio, entorpecer el tránsito por las calles, poner palmeras en las puertas, etc., en otros lugares como **Albatera** el día de quintos se celebraba con más comedimiento”. Así es, pero no faltaba el ruido, pues después de cenar marchaban a la plaza del pueblo y pasaban parte de la noche tirando cohetes, carretillas y petardos. Al día siguiente, festividad de San José, preparaban un carro con adornos tirado por una mula para recorrer el pueblo pidiendo dinero a todos los vecinos. En cada parada recitaban poesías que entregaban a la gente, previamente impresas, donde se reflejaba la tristeza por abandonar el pueblo natal, dejando atrás familia, amigos o novias. Otras exaltan su valor y coraje, que les llevará a triunfar frente a los retos que les deparará el destino.

En **Fiñana** (Almería) cenan y van por los bares, donde los dueños les invitan a una de las rondas. Roban conejos y gallinas y se enfrentan con los quintos de localidades vecinas, venciendo quien más grita, llegando alguna vez a las manos.

Los quintos sustraen igualmente conejos y gallinas y tapan cerraduras con migas en **Casas de Haro** (Cuenca). De **Quintanar del Rey**, en la misma provincia, nos informan que no realizaban gamberradas, limitándose a cantar y pedir dinero casa por casa para sus cenas y comidas.

En la localidad albaceteña de **El Jardín**, cercana a Alcaraz, los quintos toman el mando que les traspasa el alcalde pedáneo. Un año tiraron los carros al río Balazote. Se colocaban

a la entrada del pueblo y pedían dinero a todo el que pasaba. Pintaban un pino en una pared y desafiantes decían: ¡Quien tenga “guevos” que lo tire!

Dando un salto mayor llegamos a **Manganeses de Lampreana** (Zamora), donde aún hoy en día se reúnen chicos y chicas de la misma quinta, vistiendo capas con cintas de varios colores firmadas por amigos. De esa guisa, similar a los tunos, solicitan de puerta en puerta la colaboración económica de familia, amigos y vecinos. Los de la casa los convidan y les entregan dinero, incluso obtienen la aportación del Ayuntamiento. Con lo recaudado organizan un baile.

En Navidad repiten la misma historia pero esta vez cantando villancicos, lo que llaman los “gallos”, para sacar dinero para sus cenas. No provocan al vecindario con actuaciones de mala nota, tan sólo pintadas en las paredes con todas las faltas de ortografías inimaginables, del estilo: ¡Biban los kintos del 79! Los varones colocan ramas de chopo u olivo en la puerta de novias, amigas o solteras conocidas.

Tampoco faltan trastadas o ritos petitorios en La Rioja. Por ejemplo, los quintos de **Arnedo**, que “van a pedir el huevo” por el día de Reyes. Si son obsequiados con huevos y dinero escriben una P, de pagado, en la puerta de las casas bienhechoras o en la espalda de las personas dadivosas. Castigan con una D, de debe, a quienes no los tratan con generosidad. Lo recaudado lo destinan a sufragar comidas.

En la misma localidad se dan dos fiestas de quintos, festejan también quienes se incorporan a filas con dos años de antelación, recorriendo las calles con una charanga y propinando escobazos a todo aquel que se encuentran por el camino. Esto recuerda en nuestra comarca a las “máscaras” del carnaval o más aún, las acciones de los “inocentes” en la festividad de los Santos Inocentes. Aunque es común a todo el Sureste español, incluyendo las provincias limítrofes de Albacete, Jaén, Granada y Almería. De vestir estrafalario, tocados con gorros de los que prendían cintas de variados colores, animaban los “bailes de pujas” haciéndola subir y molestaban con sus escobazos a aquellos que no donaban dinero para la iglesia, por el contrario barrían el paso de los más generosos. Con idéntico fin recaudatorio multaban a los viandantes por motivos baladíes, como cruzar una raya que marcaban previamente en el suelo. En algunas localidades ridiculizaban al cura o al alcalde, porque ellos eran en esos momentos la autoridad, de hecho eran llamados “alcaldes de inocentes”. Manuel Luna escribe: “Por su oficio y atuendos están emparentados con los personajes de las Fiestas de Locos anteriores al Carnaval”.

EN BUSCA DE UNA INTERPRETACIÓN

Habría que comenzar este apartado recordando a Julio Caro Baroja, cuando en su libro “Ritos y mitos equívocos” escribe con la humildad que debe caracterizar a todo investigador: “El estudio de los mitos y de los ritos, de leyendas y atribuciones de hechos a tales o cuales personajes, presenta facetas que son tan oscuras y complejas que nos llevan a un campo de especulaciones de una inseguridad total”.

Con esa misma humildad detallamos los pasos seguidos a la hora de dar una explicación a estas tradiciones. En un primer momento pensamos que el ritual del robo del carro y otras alteraciones del orden de las cosas era un retorno al caos primigenio. Buscábamos, igualmente, la posible relación con el ciclo agrícola, en el caso de El Estrecho y Balsapintada, que eran el punto de partida del estudio, dado que se celebraba el momento de la recolección de los primeros cereales: cebada y avena, a comienzos del mes de mayo.

La palabra carro en el Diccionario de Supersticiones Alemanas nos indica que estos carruajes fueron en la prehistoria y protohistoria objetos de culto, bien como móviles para transportar divinidades en procesiones o como culto de los muertos, en cuanto medios para viajar después de la muerte hacia el Más Allá. Lo cual no arrojaba mucha luz sobre el asunto que nos ocupaba, porque la significación del carro, su campo semántico, ha variado con el paso del tiempo o según los condicionantes del ámbito geográfico concreto.

Resulta evidente, en nuestro contexto más inmediato, que el carro es un elemento de solvencia económica y distinción clasista. Como advierten algunos informantes: “solo lo tenían labradores, no los que trabajaban a jornal”.

Julio Caro Baroja reproduce en su libro “La estación de amor. Fiestas populares de mayo a San Juan” lo escrito por Antonio de Capmany y Montpalau, historiador que vivió entre los siglos XVIII y XIX, quien atribuía la alegría de los pueblos de muchas naciones en el mes de mayo, a partir de la fiesta de la Cruz, manifestada en adornos florales, transporte de árboles y otras manifestaciones, “con que parece que los hombres presentan y hacen ver a la naturaleza como un triunfo de la rebeldía y rigores de invierno”. Subrayamos rebeldía en el contexto de unas fiestas que según Caro exaltan el esplendor de la vegetación, el amor y la vida en definitiva, muy relacionadas con las de San Juan o solsticio de verano.

Los protagonistas están unidos por su condición de edad y sexo, jóvenes y varones, además exhiben su fuerza viril y alardean de ello. Constituyen una agrupación de individuos de carácter informal, no están encuadrados, por tanto, en una asociación con estatutos y estructura organizativa definida. Son grupos para el ritual.

Se hacen valer ante la comunidad y ponen a prueba la resistencia de ésta a los cambios. Podría añadirse que representan el triunfo de lo colectivo frente a lo particular, la fuerza de lo comunitario, el reforzamiento de la identidad del pueblo. En realidad todo vuelve a su cauce a la mañana siguiente, con lo cual triunfa el conservadurismo social, quedándose todo en un “escape” de la realidad como puede ser el carnaval, donde se da una inversión de roles sociales (por ejemplo, los hombres se visten de mujeres y las mujeres de hombres) y las normas sociales se difuminan; o las antiguas fiestas de locos, donde unos alcaldes “usurpadores” tomaban el mando por unas horas, desplazando a los alcaldes oficiales, como en nuestros “inocentes”. Remontándonos aún más en el tiempo llegaríamos a una de las fiestas más apreciadas por los antiguos romanos como eran las dedicadas al dios Saturno o saturnales, el día 17 de diciembre, aunque de forma no oficial se prolongaba hasta el 23 de diciembre. Era, si se permite la expresión, como nuestra Navidad y nuestro Carnaval a la par, días locos de derroche en comer y beber, hacerse regalos, gastarse bromas (aparecen aquí otra vez nuestras inocentadas) y encender velas. La actividad agrícola cesaba y cerraban sus puertas las escuelas, lo que de ordinario estaba prohibido se autorizaba y los

señores servían a los esclavos, quienes decían a sus amos las verdades más incómodas. Se caricaturizaban leyes y cargos públicos y la autoridad suprema en esos días recaía en el rey de las Saturnales, que se echaba a suertes. La eliminación de la división social entre libres y esclavos ha llevado a diversas especulaciones sobre la esencia de las Saturnales. Quizá un reflejo de la Edad de Oro en los comienzos de la Humanidad, cuando bajo el gobierno de Saturno manaban leche y miel y no habían ni señores ni esclavos.

En el robo de carros y otras “fechorías de mozos” encontramos un posible entronque con las quintadas, que sí son un claro rito de paso de la juventud a la edad adulta. Es expresión que ha hecho fortuna: “En la mili se hacen hombres”. En efecto, tenían la oportunidad de “ver mundo” al salir fuera de su pueblo o comarca por primera vez en su vida, al menos así ocurría para muchos, debiendo hacer frente a las contingencias que se les pudieran presentar sin el apoyo ni el calor de la familia o grupo de amigos. Una vez que se marcha al “servicio militar” está autorizado a fumar delante del padre y sólo después de “hacer la mili” se podía casar.

Pero en nuestra comarca no encontramos referencias orales ni escritas a las famosas quintadas, a excepción de una pedanía de Fuente-Álamo llamada **Los Almagros**, en donde organizaban un baile de despedida con instrumentos de cuerda y todas las amigas obsequiaban con un pañuelo moquero a cada quinto, con el nombre del muchacho bordado en la prenda.

Estas circunstancias nos llevan a proponer que el robo de carros en el Campo de Cartagena sería un rito de paso “imperfecto”, por cuanto que quinto sólo se es una vez en la vida y en nuestros pueblos un mismo mozo podía participar durante muchos años, hasta que se casara. Decimos “imperfecto” porque un rito de paso marca la transición entre dos estados fijos y estables, siendo el propio ritual un proceso dinámico y creativo. Seguimos aquí la definición de rito de paso de Víctor Turner, autor de conceptos novedosos como el del ritual como drama social, evidenciando mecanismos de resolución de conflictos dentro de las distintas comunidades. De tal manera que es expresión del fracaso de los procedimientos y mecanismos normales de resolución de conflictos sociales.

En el caso que nos ocupa se produce, aunque sea por unas horas y de manera inconsciente, un cuestionamiento de la propiedad privada, de la autoridad eclesiástica al tapar los accesos a los recintos sagrados, de la autoridad paterna o de los ancianos. Se permiten comportamientos habitualmente considerados inmorales o indecentes, tal como destaca Gluckman al referirse a los “rituales de rebelión”. Decimos que se trataría de un cuestionamiento “inconsciente” porque los informantes que participaron directamente en la acción la justificaban diciendo que “lo hacían porque era lo que se requería, la costumbre que venía de padres y abuelos”.

Dos datos curiosos: En **Fuente-Álamo** los mayores no recuerdan este ritual, cuando sí se ha dado en todas sus cercanas pedanías. Algunos lo explican por el caciquismo imperante que tenía en la Guardia Civil local su brazo armado, añadiendo que: “el miedo, guarda la viña”.

El otro: En **San Javier**, año 1940 o 1941, unos mozos sustraen carros después de la misa de Gallo y los dejan en la plaza de la Iglesia. Interviene la Guardia Civil para reprimir y

reparar la acción delictiva. Allí no existía tradición y los organizadores de la “diablura” eran gentes venidas de fuera, concretamente de Soria y Santander, donde todo apunta que formara parte de la costumbre.

Otra característica a no despreciar es el valor que toda la comunidad otorga al ritual por cuanto refuerza la identidad local al ser considerado como algo propio, “típico” y definitorio de su idiosincrasia. El sentimiento de pertenencia a un “nosotros” no se agota en los grupos informales que organizan el ritual festivo, al contrario, poseen la capacidad de aglutinar identidades más amplias, abarcando a toda la comunidad vecinal. Esto aparece más claramente en El Estrecho de Fuente-Álamo, hasta el punto de desconocer que a escasa distancia, en el pueblo vecino, también lo hacían.

CONCLUIMOS que el robo de carros y otras acciones similares en el Campo de Cartagena son un ritual de paso “imperfecto”, quizá lo fuese en origen en cuanto ligado a las fiestas de quintos y que con el paso del tiempo se perdiera dicha referencia. A la vez tiene mucho de rito de rebelión por cuestionador de la autoridad, la propiedad y la Iglesia ¿Una vuelta a la mítica Edad de Oro en la que todos éramos iguales?

En El Estrecho de Fuente-Álamo, muy ligado a las fiestas patronales en honor de la Santa Cruz, adquiere un valor añadido como signo de identidad colectiva de un pueblo, pasando a ser ritual localmente significativo, a diferencia de la mayoría de casos estudiados aquí. Es más, los grupos de mozos que participan como organizadores representan en ese momento a toda la comunidad de vecinos, que adquieren el rol de “participantes no organizadores” al aceptar y celebrar las hazañas de su muchachada, ya que los más jóvenes son necesarios para reproducir y continuar una tradición que los cohesiona. Buena prueba es que se ha venido celebrando hasta bien entrada la década de los años 80, quizá el último lugar de la comarca cartagenera en perderse el ritual del robo de carros.

AGRADECIMIENTOS

A don Antonino González Blanco por su traducción del alemán. A Gregorio Rabal Saura, Anselmo Sánchez Ferra, Manuel Luna, Juan González Castaño y José Fernández Rufete por sus sugerencias y aportaciones.

A todos los **informantes**, que a continuación detallo:

- Andrés Martínez, Pedro Alcaraz Nieto “Perico, el Mañas”, Balbina García Pagán y Juan Miguel Pagán Mante (**El Estrecho de Fuente-Álamo**).
- Gregorio Rabal, Ramón Costa Pastor, Bartolomé Marín, Joaquín Alcaraz Moreno, Alfonso Conesa Sequera, José Antonio Ros González y Antonio Puche (**Balsapintada**).
- José Esparza Guillén, Francisco Sánchez Conesa, Salvador Conesa Hernández (**Lobosillo**).
- Seis informantes anónimos (**Los Almagros y Cuevas de Reylo**).
- Juan José Campos Rodríguez y seis más (**Lorca y pedanías**).

- José Sánchez Ros (**El Jimenado**).
- Joaquín Ferrándiz Gutiérrez, cronista oficial, José Miguel Rodríguez Buendía y tres más (**Torre-Pacheco**).
- Pedro Roca Martínez, Antonio Roca y Trini Vera (**Roldán**).
- Miguel Bilbao y Manuel Soto (**Santomera**).
- Manuel Sánchez García y Agustín Manuel Sánchez (**Pliego**).
- José Zamora (**Gómara**).
- Matías y Miguel Cegarra (**Fiñana**).
- Pedro Paricio (**Casas de Haro**).
- Juan Pérez Benito (**Manganeses de Lampreana**).
- Andrés Nieto Conesa, cronista oficial y cuatro informantes (**Fuente-Álamo**).
- Miguel Gallego Zapata (cronista oficial de **San Javier**).

BIBLIOGRAFIA

- CARO BAROJA, Julio: *La estación de amor. Fiestas populares de mayo a San Juan*. Círculo de Lectores, Barcelona, 1992.
- CARO BAROJA, Julio: *Ritos y mitos equívocos*. Edic. Istmo, Madrid, 1.974.
- Diccionario de supersticiones alemanas
- SCHULTZ, Uwe: *La fiesta. De las Saturnales a Woodstock*. Alianza Editorial, Madrid, 1994.
- JOCILES RUBIO, María Isabel: *Niños, Mozos y Casados a través de sus fiestas en La Rioja*. Instituto de Estudios Riojanos. Logroño, 1992.
- OJEDA NIETO, José: *Juegos y tradiciones de Orihuela y su comarca*. Cuadernos de Etnografía. Instituto de F.P “El Palmeral”, Orihuela, 1997.
- GLUCKMAN, Max: *Política, derecho y ritual en la sociedad tribal*. Editorial Akal, Madrid, 1978.
- TURNER, Víctor: *El proceso ritual*. Editorial Taurus, Madrid, 1988.
- LUNA SAMPERIO, Manuel: *Las cuadrillas del Sureste*. Trenti Antropológica ediciones, Murcia, 2000.
- MORENO NAVARRO, Isidoro: *El estudio de los grupos para el ritual: una aproximación*. En: LUNA SAMPERIO, Manuel. Coordinador. *Grupos para el ritual festivo*. Murcia: Editora Regional de Murcia, 1987, págs. 15-21.